

ASTRONAUTA EN MAZAGÓN

José María Montero Sandoval

El autor de este relato es licenciado en Ciencias de la Información. Ha cursado, además, estudios de Educación Ambiental (UNED), Tratamiento de la Naturaleza en Televisión (Universidad de Navarra) y Política Ambiental Comunitaria (European Journalism Centre, Bruselas). Desde 1982 ha trabajado en diferentes medios de comunicación como periodista especializado en información ambiental. En la actualidad, y desde 1998, es director y presentador de "Espacio Protegido", informativo semanal de medio ambiente de Canal Sur 2, y responsable del Área de Medio Ambiente en los Servicios Informativos de Canal Sur TV.

Autor de la serie "Crónica en verde" (Diario El País, 1992-2007). Director de documentales de naturaleza, rodados en España, Iberoamérica, África, Asia y Oceanía. Co-director de las expediciones científicas, organizadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la RTVA, a Kazajistán, Mauritania, Senegal, Argentina y Australia-Tasmania. Director del Seminario Internacional de Periodismo y Medio Ambiente, del Curso de Periodismo Científico y Ambiental en el Plan de Formación de la RTVA, y del Taller de Periodismo Ambiental de la Universidad de Navarra.

Como docente ha impartido clase en más de setenta cursos, masters y programas de formación en distintas materias ambientales, organizados en centros educativos y universidades españolas y extranjeras.

Miembro de la Academia de las Ciencias y las Artes de Televisión. Socio fundador de la Asociación Española de Periodistas de Información Ambiental (APLA). Socio de honor del Comité Andaluz de Agricultura Ecológica.

Ha recibido más de 25 galardones relacionados con su labor profesional, entre otros el Premio Nacional de Medio Ambiente, el Premio Andalucía de Medio Ambiente, el Premio Internacional Fundación BBVA, el Premio Tomás de Aquino de la Universidad de Córdoba y el Premio a la Mejor Película Española en el Festival Internacional de Televisión y Naturaleza.

Autor de los libros "Seis años de información ambiental en El País", "Crónica en verde", "Guía de los espacios naturales de Andalucía" y "El medio en los medios. Teoría y práctica del periodismo ambiental".

De pequeño soñaba con ser astronauta. En la aparatosa Telefunken de mi abuela, y en rústico blanco y negro, seguí, con absoluta devoción, el viaje del Apolo XXI. Y aunque aquella noche de julio de 1969 todavía no había cumplido los seis años, permanecí pegado a la televisión sin que el sueño me venciera, ansioso por ver cómo el hombre llegaba a la luna. Una gesta de la que aún conservo un extraño recuerdo sonoro, en el que conviven, en imposible armonía, el verbo apasionado de Jesús Hermida y los acompasados ronquidos de mi abuela.

Seis años después, en el verano de 1975, mi sueño había madurado bastante, alimentado por un puñado de libros de astronáutica que localicé en la antigua biblioteca pública de Córdoba. Aprovechando las vacaciones solía pasar algunas mañanas en aquella vieja casona que, junto a la plaza de la Corredera, era refugio de estudiantes bastante más mayores que yo. Uno de ellos, supongo que cansado de mi recurrente conversación a propósito del mítico Cabo Cañaveral, me aseguró que en España también teníamos una base de lanzamiento de cohetes. Lo consideré un arrebato patriótico sin fundamento (seguro que aquel tipo era de la OJE), pero él insistía en la veracidad de su afirmación aunque no supiera darme muchos más detalles del asunto.

Me costó varias jornadas de biblioteca, y un puñado de interrogatorios a adultos cualificados, pero, al fin, certifiqué la existencia de El Arenosillo y hasta fui capaz de situarlo en el mapa. ¿Un cosmódromo junto a Mazagón? ¿Competiendo con la NASA en la costa onubense?

Consciente de que viajar hasta Florida estaba fuera de mis posibilidades, decidí que el mejor plan festivo que podría tramar aquel verano pasaba, necesariamente, por una visita a El Arenosillo. Al fin y al cabo no eran muchos kilómetros y podía utilizar la playa como gancho adicional. Sin duda era un destino que estaba al alcance de nuestro confortable Seat 850, curtido en viajes bastante más atrevidos.

No tardé mucho en descubrir que a mis padres lo de la astronáutica hispana, como reclamo estival, no les resultaba apasionante, lo cual era una muestra evidente, quizá la primera, del abismo generacional que ya entonces comenzaba a separarnos.

El azar, sin embargo, estaba de mi lado y quiso que, en mi siguiente visita a la biblioteca, descubriera un humilde panfleto, manuscrito y pegado con cinta adhesiva en una de las paredes del inmueble, en el que se anunciaban las actividades del “campamento científico Ben-Rosch” (después de tantos años acabo de descubrir, gracias al omnisciente Google, que el susodicho no era otro que Averroes).

En resumidas cuentas, un grupo de universitarios ofertaba, mediante el pago de una módica cantidad, la asistencia a un campamento de verano que junto a la playa de la Torre del Loro (o sea, a un paso de El Arenosillo) estaría dedicado al desarrollo de diferentes actividades recreativas relacionadas con la botánica, la zoología, la astronomía y, ¡ cielos !, ¡ la astronáutica ! Ciertamente es que la letra pequeña hacía referencia a una edad mínima que aún estaba lejos de alcanzar (destinado a bachilleres, yo todavía andaba peleándome con la EGB), pero este obstáculo, comparado con la resistencia numantina de mis padres a tan singular excursión, lo consideré sencillamente despreciable.

Lo de mi fecha de nacimiento se solventó gracias al entusiasmo que manifesté ante los organizadores, aderezado, eso sí, con una carta de autorización que mi padre, en persona, se encargó de entregarles.

Un primero de agosto, antes del amanecer, el que esto suscribe se embarcaba, provisto de mochila y saco de dormir a estrenar, en un autobús camino de la costa onubense, rodeado de avezados campistas que, en algunos casos, me sacaban un lustro. Era mi primer viaje lejos de la familia y, aún así, las maravillas que imaginaba me hicieron sobreponerme a esa angustiada sensación de orfandad que me asaltó cuando sólo llevábamos recorridos una docena de kilómetros.

No. Aquello no era un “campamento científico”. Era una suerte de comuna de hippies, absolutamente descontrolados, incompetentes y divertidos. La botánica recreativa, por ejemplo, consistía en trotar, sin rumbo fijo y en pantalón corto, por la

espesura de los matorrales, buscando el jaramago de aspecto más exótico y dejándose el pellejo de las pantorrillas en el empeño. Las actividades zoológicas se limitaban a la prosaica caza del lagarto y la culebra, de gran tradición en zonas rurales, donde se practica, por cierto, pedrusco en mano y sin el auxilio de ningún biólogo. Y lo de la astronomía, teniendo en cuenta que carecíamos de telescopios y aún de binoculares, se resolvió organizando unas fabulosas parrandas nocturnas en las que los campistas permanecíamos largas horas tumbados sobre la arena, comidos por los mosquitos y las hormigas, tratando de poner nombres absurdos a una amalgama de estrellas desconocidas.

Y qué decir de la astronáutica. El descerebrado que se ocupaba de impartirnos tan atractiva materia no era más que un pirotécnico aficionado. Cuando trató de colocar en órbita el primer cohete delirante, construido de forma artesanal con algunas tracas de feria, se armó tal escándalo que en cinco minutos teníamos en el campamento a una pareja de la Guardia Civil. La Benemérita, previa monumental bronca a pesar del carácter científico del experimento, se incautó de toda la pólvora que aquel individuo había transportado, y ahí terminó nuestra aventura espacial.

Ni siquiera pude visitar las instalaciones de El Arenosillo que, supongo, por aquel entonces estaban en manos de los militares. Lo único que acerté a contemplar del cosmódromo fue una estilizada antena de comunicaciones que se levantaba sobre la copa de los pinos y que aún hoy se divisa desde la carretera que une Mazagón y Matalascañas.

Así las cosas decidí reconvertir los objetivos que me había marcado cuando me inscribí en semejante campamento. Renuncié a la formación científica, de dudoso rigor, y me centré en el disfrute de una de las playas más hermosas que jamás había visto. Creo que pocas veces, y son muchos los atardeceres vividos al borde del mar, he contemplado unas puestas de sol más soberbias que las que se dibujaban desde el borde de aquellos acantilados, cuando todavía no habían sido invadidos por el turismo de masas ni los especuladores inmobiliarios. La luna, reflejándose en aquella enorme extensión de agua salada y bravía, se me antojó entonces mucho más cercana y cálida que los grisáceos páramos que idealicé, junto a mi abuela y a Jesús Hermida, una noche de julio de 1969.

Y allí, justamente sobre los macizos farallones de arena fósil, renuncié a mi sueño de ser astronauta. El Atlántico, para un niño que sólo había veraneado en la doméstica piscina mediterránea, fue mi verdadero descubrimiento, el espacio exterior que me propuse atravesar un día. Y ese sueño sí que pude cumplirlo, aunque en mis viajes al continente americano jamás he pisado Cabo Cañaveral. Aún sigo creyendo que a la luna se llega mucho más fácilmente desde El Arenosillo.

Epílogo

Aguanté ocho días en la comuna, y al noveno pude, por fin, alcanzar una cabina telefónica en el cercano Mazagón. Desde ella pedí auxilio a mis padres y conseguí que me rescataran en nuestro confortable Seat 850.